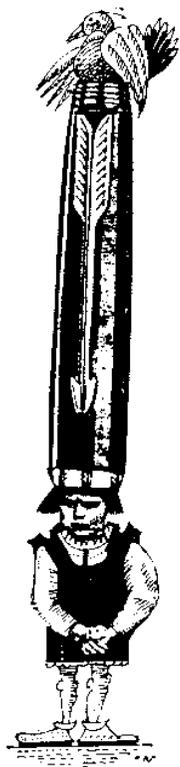


LEON en este (en la idea en Madrid 1982

(Aplicación a la Sartz (Ateneo de Lugo 1989, m. el Astoria 1991)



EN ESTE NUMERO

Importantes temas literarios encontrará el amigo lector en este número primaveral. Un estudio sobre la «Epístola a Batilo», de Jovellanos, que incluye el texto de este hermoso poema nacido en las riberas del Bernesga; un «Catálogo de esperas» donde se contemplan obras inéditas, agotadas o perdidas de escritores leoneses contemporáneos; el panorama de la obra lírica de Victoriano Crémer, y la presencia de José Carlos en la urgente y significativa «Antología de la nueva poesía leonesa», que en este número se inicia, y que ha sido sugerida por el interés de las Primeras Jornadas de Joven Poesía Leonesa celebradas en la Casa recientemente.

Historia y cultura popular confluyen en importantes artículos de don José María Luengo, don José Luis Martín Galindo y el inolvidable P. César Morán. La voz de Aquilino Pastor, con sus noventa y tres años maragatos, nos regala con el recuento de su frondosa memoria. Y Julio Llamazares toca un interesante e inédito tema: el del maquí en nuestra provincia.

Marcelo Dolfos, erigido ya como cronista oficial de la calle del Pez, hace la nota social de los leoneses en Madrid, nota que se amplía artísticamente en este número con la crónica de Luis Alonso Fernández sobre cuatro pintores leoneses que expusieron con éxito en salas de arte madrileñas.



AQUILINO PASTOR, LA VIDA DEL TAMBORITERO

Por Luis Mateo DIEZ
y José María MERINO

La memoria de Aquilino Pastor surca el paisaje maragato de sus noventa y tres años sin ninguna pereza. Es una memoria reposada que fluye con una vivacidad envidiable, recorriendo los temas de la conversación con la lúcida sabiduría de quien respeta en el recuerdo la imagen real de su mundo, aquella que ni oscurecen las lejanías ni iluminan los vanos oropeles. La

imagen entrañable de quien lleva su propio mundo en su propia biografía, con esa perdurable constancia de los robles centenarios que asoman al camino.

El mundo de Aquilino Pastor es su pueblo, Santa Catalina, al que ha profesado una fidelidad absoluta. Y con Santa Catalina, el paisaje humano y geográfico de toda una tierra —la Maragatería— que en él tiene a un ejemplar representante de su memoria colectiva.

A los diez años comenzó Aquilino la vida del tamboritero entre hodas, rondas y fiestas sacramentales. La flauta ha sido para él esa compañera inseparable que entregó todos sus secretos, que unió la voz de su tonada al inspirado prodigio de su dueño. Aquilino lleva siempre la flauta guardada en el bolsillo interior de la chaqueta, y con toda naturalidad interrumpe la conversación para rememorar una melodía. Sus labios y sus dedos arrancan ligeros ese arroyo musical de viejos ritmos y ancestrales danzas. Sus palabras recuperan con la misma ligereza los recuerdos de una vida maragata.

DEL PUEBLO Y SUS TRABAJOS

Para hablar de las cosas ya casi todo está olvidado. Tanto como he corrido. Noventa y tres años cumplí ayer. Nací el dos de marzo de mil ochocientos ochenta y nueve. En Santa Catalina, un pueblo que se llama Santa Catalina, que es donde he estado siempre. Sólo falté del pueblo mientras estuve en la mili, que la hice en El Ferrol, tres años, en artillería. Desde que nací sólo salí esos tres años.

Santa Catalina queda pa arriba de Astorga ocho kilómetros. Antes era Ayuntamiento Castrillo de los Polvazares, pero lo cambiaron por Astorga. Allí hoy no somos nada, porque la gente se ha ido marchando y quedamos allí cuatro viejos. Que puede durar el pueblo ese...; según, según vengan las cosas, porque todo puede cambiar y tener que volver a él.

El pueblo vivía, y sigue viviendo, de la labranza, algún jornal de alguna parte o de otra, poco. No se hacía capital, pero claro, se vivía bien, el que quería trabajar vivía. Porque yo crié de la primer mujer doce hijos, y con mi sudor

y el de la madre, pues los criamos los doce sin pasar hambre. Y luego quedé viudo con nueve. Y allá he sido desgraciado. Al poco de quedar viudo con nueve fue cuando los últimos años de la guerra; tenía un hijo en la guerra, vino a morir a casa.

Me casé otra vez y tengo una hija. Allí en Santa Catalina, de siempre la labranza, como dije. Y producía poco. Se sembraba trigo, centeno, patatas, repollos. De todo eso. Y allí nos conformábamos. Y hoy que podían vivir mejor que entonces, la gente no se conforma con nada.

Majábamos y trillábamos, y la paja se usaba para mullir los gannaos, para techar, para hacer abono, y después de aquello pa abonar el campo, que se abonaba de oveja, de vaca, de caballería, hasta que luego empezó a venir el abono mineral. Llegaba el tiempo de primavera y sacaban unas cancellas y hacían unas corraladas de a lo mejor treinta metros, o cuarenta, cuadrados, y allí dormían las ovejas. Y aquella noche dormían allí, y la otra noche cambiaban las cancellas para otro sitio. Así abonaban. Bárbaro. Mejor que

los abonos de ahora. Aprovechaban la paja, aprovechaban el tiempo y aprovechaban todo.

Había quien se dedicaba a techar. La mayor parte de las casas de Maragatería estaban cubiertas de paja, todos los pueblos. Los techadores eran de allí. De Bierzo, a lo que venían más bien era a la siega. Al techao, no. Unos se dedicaban a poner la paja, otros la teja. Y había albañiles que hacían pared de piedra, otros de adobe, lo que fuera...

También había una temporada, allá por septiembre, para la leña. Iba cada uno con su carro al monte y traían ocho o diez carros para pasar el invierno. Como se amasaba también en casa, el horno gastaba mucha leña. Donde éramos mucha gente, como yo, pues cada quince días una hornada de veintitantas hogazas.

Por aquellos pueblos la vida era bastante esclava. Casi todas las casas tenían un rebaño de ovejas, alguna cabra, vacas. Ovejas, lo que más. Y había bastantes lobos que comían muchas ovejas. Y como había más nieve que ahora, pues más acudían. Cuando había nieve, pues... Y claro, las ovejas, algún día tenían que salir, aunque hubiese ocho días de nieve. Porque refrescaran la boca las sacaban un rato y a lo mejor venía el lobo por el otro lado. El lobo entonces era muy temible. Allí nevaba bastante entonces. Recuerdo de haber nevadas de quince días; ¿Cuándo se sacará el ganado de casa? Por el tiempo del otoño y por ahí se cortaba la hoja, se podaban los árboles y se apilaban en un sitio y se le iba dando por el invierno. Y se segaba esa hierba del otoño que sabrán lo que es, la otoñada, y también se recogía. Y cuando llegaba la ocasión se sacaba. Si no, morirían todas. Y aun así, se morían muchas.

De comer, había casas. La que podía comía algo mejor. La que

no, menos, pero para un día de fiesta nunca faltaba. En las fiestas, en una comida vulgar, natural del país, pues un cocido. Una sopa de pan, sopa de fideo, garbanzo, unas berzas también, o repollo, lo mismo da berzas que repollo. Había jamón, había chorizo, había oreja, había morro. Había de todo lo que tiene el cerdo. Había carne fresca. Pollo. Allí en el cocido se metía de todo. Y era lo que se llevaba pa un día de fiesta. Pero eso era un plato. Luego había también un poco pollo, o cordero, porque en todas las casas de Maragatería para haber un cordero no hacía falta más. ¿Postres? Fruta y dulces, los que se hacían en casa, que aún se hace alguno: mazapán, o roscón, que le llaman. Y hacían pastas también en casa, que primero las preparaban y luego las freían.

Vino, que venía de La Mancha más bien. Del Bierzo venía también, pero lo que más se bebió por allí, por Maragatería, era de La Mancha. De La Mancha y del Páramo. Y también de la parte de Rueda y por ahí, de Valladolid. Cuando los arrieros últimos, de por ahí lo traían.

Santa Catalina, cuando yo más recuerdo éramos sesenta y dos vecinos, cuando más recuerdo que haya habido, y después ha ido bajando, bajando, y ahora somos dieciocho, que ya somos muchos...

LOS ARRIEROS

La labranza y la arriería, los principales trabajos. Después de que pasó la arriería, pues la labranza... los maragatos que andaban a la arriería conocían bien el terreno, desde Madrid a Coruña y de Coruña a Madrid, todo el trayecto donde había negocio.

En el pueblo, en Santa Catalina, puede que hubiese más arrieros que no arrieros. La casa que

los había marchaba mejor, se notaba, tenían una peseta pa gastarla.

El arriero iba y volvía de Galicia a Madrid, venía al pueblo y estaba dos o tres días descansando y vuelta a marchar. Entonces no había carretera, ni mucho menos, que yo conocí esos caminos después de ser ya mayor y decían: por aquí pasaban los arrieros antes, cuántas veces se les caerían los machos aquí. Unos montes sin nada. Eso cuando iban con machos. Por un sendero a veces más estrecho que esta mesa.

La vida del arriero era mala. Pasar, muy mal tuvieron que pasarlo. El puerto de Foncebadón, los inviernos, pocos había que no quedase alguno. Era una vida peligrosa. Y claro, todo dios quería salir por la ambición de la peseta. Porque el arriero salía y volvía con cinco duros para casa. Y en casa había dos o tres personas que hacían la labranza y ganaban otras cuatro pesetas, y con todo hacían capital, no capital, porque entonces no había, que comparao con lo de ahora era como si no tuvieran nada.

Yo, cuando era niño, ya los recuerdo que iban con carros. Luego empezaron a venir los coches, que me recuerdo yo del primero que vi. Fue en Santilagomillas. Estaba yo en una boda y claro, al salir de misa estábamos allí, cuando ¡coño!, un coche, un automóvil. Yo creí que corría mucho más que ahora, y era mentira, pero como nunca se había visto. Una cosa desbaratada, ver correr aquel bicho.

Con el ferrocarril fue cuando fracasaron los arrieros, que por ahí quedaron desperdigados. Entonces no había más transporte que ellos. Pero al venir el ferrocarril les fueron quitando, quitando. Y algunos creyeron que iban a poder más que el ferrocarril, pero se equivocaron...

A mi me tocó algo de eso que

compran los arrieros. Que yo, de la segunda mujer que tuve, pues los abuelos habían comprado por ahí, por Tordesillas y por ahí, tierras que al final llegaron a valer mucho más de lo que costaron.

La ruta más lejana de los arrieros era La Coruña a Madrid y Madrid a La Coruña. Paraban en varios sitios, como en Rueda, y envasaban vino pa arriba, pa allá. Y allí descargaban otras cosas. Es igual que el ferrocarril ahora, que llega a esta estación y tira pa las otras y luego vuelve pa atrás. En esta estación descargan lo que sea, en la otra igual. Y luego compran y vuelven a traer. Entonces los arrieros hacían igual. Ellos descargados no iban nunca para parte ninguna. Lo mismo que pa Galicia, que pa Madrid, que pa onde fuera, ellos cargados siempre iban.

Los arrieros por lo regular iban en grupos, porque llegaba que se les caía la caballería y se ayudaban unos a otros, y si iba uno solo, pues hombre perdido. Venían al pueblo, pero en invierno el viaje había que hacerlo, sino de qué vivían. Pues atravesaban la nieve ahí, por ese tal Foncebadón y a lo mejor había un metro de nieve en algunos sitios, y pasaban. Aún existirán unos maires que tienen. Por ahí va el camino. Aquí tienen una piedra fincada. Aquí ponían uno, a los diez metros o así otro y más allá otro. Y así, por allí, por esos maires, se guiaban cuando había nevada. Porque si no, no había onde guiarse, se tapaba todo el suelo de nieve y no sabían por donde iban.

Era muy peligroso. Creo que casi todos los inviernos quedaba alguno por allí. Yo oí comentar de muchas desgracias. Yo tuve un suegro, el abuelo de éste, Marcelino. Pues aquél también anduvo algún tiempo con eso y claro, decía él que pocos inviernos había que no quedara alguno en el puerto del Foncebadón.

Ese fue uno de los primeros pes-

caderos que hubo aquí en Madrid. Casi se puede decir que el principal de la plaza. A lo último, cuando ya se retiró, pues cobraba el sueldo. Entonces eran quinientas pesetas mensuales, que no las ganó nadie más que él. El estuvo en Vigo, Marín y por ahí, y se dedicaba a mandar el pescado para acá. Luego, al final, estuvo de vigilante o así de las Pescaderías Coruñesas.

A la caída de la arriería, los arrieros que conocían el negocio: pues aquí hay que poner una pescadería, aquí una tienda de otra cosa, aquí un almacén de vinos... Unos se quedaron en el pueblo con los brazos cruzados, y otros que sabían la vida, de tanto correr de un sitio a otro, pues dijeron: aquí me quedo a ganarla. Y ya cada uno se fue defendiendo como pudo.

Unos empezaron a emigrar... A Buenos Aires y por ahí, muchos marcharon. Del pueblo de Santa Catalina, aunque era pequeño, pues recuerdo lo menos de una docena o más de ellos, que están por allá.

Marcharon y no han vuelto. Algunos volvieron, pero pocos. Muchas casas se quedaron ahí, se murieron los padres y no ha vuelto ni hijo ni nadie, ni se ha vuelto a saber nada de ellos.

VELADAS, JUEGOS Y COSTUMBRES

Nos juntábamos al hilandón, que también llamaban la velada. En la cuadra de un vecino, los cercanos. En la cuadra estaba más caliente, que entonces no había braseros ni calefacción como ahora.

Se juntaban ocho o diez, las mujeres con su rueca hilaban y tejían. Que yo recuerdo cuando vestían sólo de lino y de lana, recuerdo cuando vino la primera pana. Cada uno tenía que sembrar para vestirse, compraba una

fanega o dos costales de lino, cada uno lo que podía, y luego ese lino daba mucho que hacer. ¿eh? Pa sembrarlo había que poner la tierra como ceniza. Nacía el lino y había que escogerle y sacarle todas las yebros pa que quedara el lino limpio. Des que se le sacaba, la linaza la aprovechaban para aceite, que se gastaba mucho de ese aceite de linaza, que le llamaban aceite de arder, y para comer era mejor que el de oliva.

En las veladas hilaban la lana, el lino, y hacían medias, hacían refajos. Ocho o diez vecinos en cada cuadra. Los hombres a charlar o a jugar con la baraja, y los mozos y las mozas cantaban y bailaban y se divertían, pero bastante mejor que ahora. Entonces había mucha diversión en los pueblos.

Se hacían buenas bromas, y se salía por el pueblo con una pandereta y cantando, de ronda.

De brujería se hablaba mucho. Y todavía hoy dicen que si alguno, esa fulana... será bruja. De eso nada. Ni antes ni ahora. En las veladas contaban cosas de difuntos... Había tantas cosas... Que contaban que fulano volvió al mundo, o cosa así. Había muchas bobadas de esas. Como para asustar a los niños. Que si fulana tenía una pata de rana en un ojo, y cosas de esas.

La terminación de las veladas era el día uno de febrero, ya luego venía el trabajo del campo, y fuera. Entonces, se celebraba lo que llamaban la borrachina. Ese día nos juntábamos los que éramos de cada velada y se hacía una cena, se cenaba bien, y luego, de juerga toda la noche. Era lo que quedaba.

Ya después de cenar se salía por las calles de ronda, cantando y divirtiéndose hasta que nos cansábamos. Había una ronda muy típica de la que algo recuerdo. Decían:

"El galán que va rondando por la puerta de la dama levante un poco la voz que tiene lejos la cama."

Y después contestaba el otro bando:

"Oiga usted, señor galán, usted ha dormido con ella para saber donde tiene la cama esa doncella."

Y luego volvía a contestar el otro bando:

"Yo con ella no he dormido ni espero de dormir, pero bien sé donde tiene la cama ese serafín."

Juegos que había, mayormente, los bolos, con bola achapada, once bolos puestos en una piedra, en tres filas. Lucha nunca, allí nunca, eso por la parte de León. De chavales, la bigarda, que era un palito afilado por las dos puntas, y con otro se le daba, al que lo tiraba más lejos. Y la pina o la gocha, que era parecido a eso que juegan ahora con patines, una bola de madera de urz, que es muy dura, y se la daba con un palo.

El mozo forastero que venía de fuera y hablaba con una chica, antes, tenía que pagar el piso, que había que convidarnos a los mozos a lo que fuera. Y ya quedaba hecho mozo como los del pueblo. Pero si no pagaba el piso, que no se le ocurriera ir al baile, porque le echaban al agua.

Había otro convite que le llamaban las cintas. A todos los mozos del pueblo, y amigos, y lo que fueran, se les invitaba a una cena. Yo cuando me casé por primera vez, me costó cuarenta pesetas en aquellos tiempos. Se invitaba a un amigo. A los mozos del pueblo, era obligación.

Pasaba igual con los mozos,

cuando eran chavales. Para hacerse mozos tenían que pagar una cuartilla de vino.

Los mozos... En algunos pueblos, cuando se casaban, el que no pagaba el chocolate, pues no les dejaban dormir juntos. Y les sacaban de la cama, y les ponían el yugo, y les hacían arar, o hacían que lo hacían. Y aunque lo pagaran, el caso era no dejarlos dormir la primera noche. Se hacía chocolate para todos, para los que fueran. También sacábamos a rondar al novio y le quitábamos de dormir con la novia. O sacarles de la cama y llevarles por ahí.

Por la noche servían la cena los novios, el día de la boda, y en cuanto la gente se descuidaba, se largaban. Y todos los mozos y mozas, a buscar a los novios. Y luego, como ya se sabía que se iban a marchar, se quedaba un mozo a la puerta de la calle vigilando para que no se marcharan los novios. Lo que gozaban los mozos era con eso: con no dejarles dormir juntos la primera noche.

Para las bodas, allí casi siempre se casaban en el pueblo, o entre familias. Lo que más entre familias, a poder que pudieran no desahacían el capital. Había que consultar con todos y, claro, siempre casaban a los ricos con las ricas y a las pobres con los pobres, y así. Pero no tenía nada que ver, que la vida es eso, que una fuera rica para que después llegara a pobre.

Cambiaban a lo mejor deste pueblo pa el otro, pero siempre buscando la que tenía más. Tenían mucho interés por eso. De pueblo en pueblo había algunos cruzaos, pero pocos, pocos. De Santa Catalina y Castrillo, que están bien cerca, había algunos, y los que estaban cruzaos casi siempre eran los que manejaban algo más. Por el interés te quiero Andrés.

Los novios aceptaban lo que hicieran los padres. Las bodas, más

bien las hacían los padres que los hijos. Y yo conocí algunos —dos conocí— que se casaron con una sobrina. El marido tío de la novia. Y también sé que llegaron a hacer malas vidas con eso, porque el interés, sólo el interés... no es bueno eso. Porque hay quien por el interés hace un casorio tonto y al final termina mal.

Eran bodas que las hacían forzadas, no era que los novios se buscasen uno al otro. Y si, dentro de la misma familia, a poder ser, primos y demás. Los padres: tú te casas con esa, porque tiene y deja de tener, y todo eso. Que hoy nadie se fija en eso. Pero entonces tenía que tener, y a lo mejor creía que tenía y no era verdad. Eso de las bodas antes era un misterio. Se hacían muchas bodas así, que llegaban a terminar mal.

Yo ya no lo recuerdo, pero hubo esa costumbre del ramo a las mozas a la ventana, o donde fuera. Yo no lo vi, pero hubo esa costumbre, muy antigua. En toda la Maragatería había las mismas costumbres, que en unos sitios durarían más... Como la cosa de los novios cuando les echaban el rastro. Igual lo tenían los novios tan callado y los mozos lo sabían, y en cuanto sabían que andaba fulano tras de fulana: pues hay que hacer lo del rastro. Un poquitin de paja de una casa a la otra.

A comprar, se iba a Astorga. Antes se iba más que ahora. Antes, si querías un metro de tela, o algo, o cuando el centeno, en vez de dárselo a esos que ahora lo compran, el cosechero venía a la plaza y llevaba el saco de centeno. Llegaba uno y pedía un costal, median el costal, se lo pagaba, vendía sus sacos y pa casa. Así conocí yo la plaza.

El martes era el mercado. Toda Maragatería iba a tratar a Astorga. Allí de Foncebadón, que es lo más lejos, salían de madrugada, con su borrico. León, poca cosa,

casi no existía hasta hace poco. Con el Bierzo, quizá más relación que con León, las ferias del Bierzo, Ponferrada y por ahí y todo eso...

Ferías había dos en Lucillo, dos en Santa Colomba de Somoza, y el martes, con el borrico, todo el mundo a Astorga.

Las mantas eran del Val, los telares del Val siempre se han dedicado a eso. Antes, casi todos los vecinos del pueblo tenían telar en casa. Tejian ellos. Después han ido fundando fábricas, y buenas. Antes, todos los vecinos tenían su telar. Eso no era habitual en otros pueblos de Maragatería. En cuanto a los cacharros, venían de Jiménez.

¡Y estos diablos, apurarlos! Está bueno, si no estuviera bueno, quedara ahí. Noventa y tres años. El año pasado lo celebramos en El Pardo, y luego vinimos aquí, a la Casa de León, a refrandar...

MALOS RECUERDOS

Esta última guerra fue un atropello. En Santa Catalina, pues comidos. Sentíamos un cohe en el pueblo y ya no sabíamos donde meternos. Como en todos los pueblos. Y en Santa Catalina aún no fue mucho. Fue castigao y no fue. Sobre todo, claro, los cabecillas, los que querían pisar a los demás, pues fueron los que atropellaron. A más de cuatro... Sin motivo ni mucho menos... Que si fuera una cosa legal: si ese ha delinquido, que las pague. Pero si allí nadie había delinquido. Sin ir más lejos, el día que estalló la guerra, que venía pa Combarros, o iba, en compañía de un cura que era de Combarros y estaba en Murias de Arriba de lo que fuera, de cura, pues íbamos por el camino y me dice: Don Aquilino, usted, quèn le parece que ganará, el ejército o tal, y yo le contesté: pues hom-

bre, donde esté el ejército no hay nada que hacer, más que el ejército manda, de eso no hay duda. Entonces yo me dije: aquí hay algo. Y era que ya estaba todo el movimiento y yo no estaba enterado de nada...

Llegamos a Combarros, cuando damos vista a Combarros, antes de llegar, pasó un coche y sacaron la mano por la ventanilla y claro, como nos saludaban así, dije: coño, esos vienen a la fiesta. Cuando llegamos a Combarros, dando vista pa Combarros, cuando ya se veía bien, llega el coche allí, ese coche y cuando así, plas, al parar, se abrieron todas las ventanillas y se echaron no sé cuántos al suelo. Armas llevaban. Pero ya el coche paró y allí no se meneaba ni dios. Había uno, uno destacado, ya no me acuerdo del nombre. Allí en Combarros lo volvieron pa atrás, a dormir a Astorga. Y en Astorga durmió y al día siguiente volvieron allí, por Combarros, y no lo soltaron...

Pasamos una noche..., qué sé yo... Llegaba un sargento: a usted lo mató yo. Llegaba al otro: a usted lo mató yo. Bueno. Cuando llegaron allí no sabían ni por dónde iban. Pero qué: los mandaron pa la muerte. Llegaron y los liquidaron, y hala.

Y yo no sabía ni palabra cuando aquello: si no hay fiesta, hombre, si hay esto, si hay lo otro. Yo fui onde el presidente: bueno, y qué pasa con las fiestas, nada, esto y lo otro. Yo, tempranito, pa Santa Catalina...

Yo iba de fiesta, pero cuando el tío me dijo que quién me parecía que ganaría, me dije: ¡cómo estamos aquí, la virgen! Y nos tenían apuntaos a varios, sin saber lo que era derecha ni izquierda. Pero había uno que te quería mal: pues a ese hay que quitarlo del medio. Y no me quitaron de milagro. Pero hubo otros pueblos por

allí cercanos que quitaron a muchos.

Allí, más bien religión que nada. Saber, nadie sabíamos de la religión ni de nada, nos guiábamos por eso de la Iglesia: que hay que ir a misa, pues hay que ir a misa. Que hay que ir a tal... Ahí nadie se propasaba de nada. Ahí lo que pasó, sólo envidia que había de unos pa otros...

LA VIDA DEL TAMBORITERO

El oficio de tamboritero

Casi en todas las casas había pastor. Y llevaban la flauta y hacían como yo ahora... Había muchos que se dedicaban a hacer flautas. Había de varias maderas. Las mejores eran de urz y de boje. Esas dos, las mejores. Después había de Fresno... Las traían los pastores, muchos aprendían así, con esas flautas. La mayoría eran chicos que iban con las ovejas y llevaban la flauta.

El tambor fundamentalmente es una tabla volteada. La mayor parte son de nogal. Volteada, a lo redondo, luego se le pone una piel por cada lado y ya está. Que tenían que tener buena vista pa hacerla, pa que no quedase más madera en un sitio que en otro, porque si quedaba más madera en un lado que en otro dobla más. Pero siendo la tabla igual, del mismo grosor, pues doblas y queda en redondo. Tambor, tamboril, tamburín le llamamos nosotros más bien. Y al que toca, tamboritero. Hay quien dice tamborillero.

El segundo domingo de octubre, fiesta de la virgen de los Remedios, en Luyego, allí en la romería se vende todo esto. Onde más trabajaban esto era en Luyego y en Lucillo...

Lo de tamboritero era una profesión, si. Yo empecé pues una cosa muy fácil. Mi padre ya era del

oficio. Pastoreando, muy poco. Anduve poco. Pero como estaba el oficio en casa... Y claro, llegó un día un forastero, que si quería enseñarlo a tocar por ahí, y por fin dijo que sí, que lo enseñaba. Y yo al verle dije que si el aprendía yo también aprendo. Y el primer día que cogi la flauta, por la noche ya sabía tocar alguna pieza. Y además, yo también porque tenía buen oído y sentía una canción que me gustaba para una jota o pa lo que fuera: pues esa viene bien para esto... Por ahí hay muchos tamboriteros. Tocan, pero no saben lo que tocan. Tocan algo parecido, pero no saben lo que es. Algun otro tamboritero habrá por ahí, pero ahora que ya ni son tamboriteros ni son nada. Está feo que lo diga yo, pero quien toque la flauta como yo ni ha habido ni habrá.

No recuerdo que en la familia otros más antiguos tocaran. Mi padre, como casi todos los chicos del pueblo, de primero andaban con las ovejas, con el rebaño, cosa así, y llevaban la flauta para entretenerse por el campo. Y unos salían tamboriteros y otros no salían, como pasa con todas las cosas, el que le tiene afición sale con la cosa esa, y el que no pues nada. Y yo me dio por salir, cogi afición, que nunca había pensado eso, qué iba a pensar yo, una criatura, pero tenía afición y salí con ello.

En la labranza estaba con la familia y el día que tenía que salir a tocar, salía. Por las bodas, las fiestas sacramentales, bautizos algunos toqué también, aunque los bautizos no eran gran cosa.

Recorrí Maragatería toda, no quedó ni un pueblo maragato que no hubiera tocado yo, la Ribera igual, y yo creo que toda España. Luego salí con un grupo de Astorga y saqué premios. Una vez nos presentamos ochenta y dos grupos tocando, a concurso, y claro,

otros tocarían mejor, pero en el mi oficio no, ninguno.

Estaba el hijo que está en Buenos Aires y sintió decir que daban una película de España. El: pues vamos allá. Cuando lo primero que encontró, a su padre tocando. Una película que hicieron ahí en Castrillo. Y también salgo en la tele varias veces, pero no figuro...

Yo el día que había que salir, ya digo, salía y ellos se arreglaban con la labranza. Yo la labranza sólo salía pa la siega, pa la siega la hierba y la siega el pan, y algunas cosas así, fuertes, que había que hacer, entonces salía yo, si no, los hijos. Allí trabajaban todas las mujeres, se veían arando más mujeres que hombres. Los hombres andaban con eso de la arriería.

Los primeros tiempos

Principié a salir a los pueblos a tocar de diez años, de nueve años ya sabía tocar. Y muchas veces mi padre, que tenía que ir a otra parte, me decía: pues vete tú, y la gente quedaba contenta conmigo. Le decían: toca bien, el toca casi como tú.

Del primer sueldo, una peseta. Con diez años empecé a tocar. Vine a tocar a Castrillo, el primer día que toqué así en un baile público y me daba mucha vergüenza, no quería tocar. Y claro, era el día de Nuestra Señora de Agosto y vino una hermana mía a traerme a Castrillo, porque yo, me daba, así, vergüenza, me acabardaba de tocar por ahí. Pero ya de que me vi en Castrillo... Y ella quería estar en... Bah, tú vete pa casa, si quieres, que yo ya esto... Con la mocedad, que entonces había mozas maragatas en Castrillo lo menos cuarenta, y dos o tres mozos pa todas. Y me lié a tocar allí toda la tarde, y se pasó la

tarde tocando el pobre rapaz. Nadie se acordaba de mandalo parar.

Ese es el primer recuerdo. Eso fue lo primero que toqué en público. Y la boda primera, ¿tú te acuerdas de Visitación, verdad? Pues aquella fue la primer boda que toqué en Castrillo. Que no se me olvida. Toqué en Castrillo la alborada, junté toda la gente, y al salir pa'l pueblo pues hale, muchos, casi todos en caballerías y el pobre rapaz andando y tocando, cada vez que me acuerdo digo: me cago en la madre que los parió a todos. Yo todo el camino tocando y que no hubiera uno que dijera, hombre, no toques ya hasta allá, pero no... En pleno agosto voy yo a ir allí a tocar...

Aquella ya murió de ochenta y tantos años y hace unos cuantos años que murió. Bueno, tendría yo como diez años. Esas son las dos primeras cosas que recuerdo: la fiesta en Castrillo y la boda. Y después, varias. Otra fue a la Marona, a la boda del tío Sebastián, el jamonero de Astorga... Pues no sé qué tendría yo, más de diez o doce años no tendría. Y ful, y toqué, y quedaron bien contentos conmigo. Me rompieron el tamburín y lloré de rabia porque me lo rompieron, los mozos, jugando... Yo era un chaval, y que sabían ellos si hacían bien o mal. Yo lo comprendo que a querer no lo hicieron, pero lo rompieron y yo, si me hubiera valido sacudir, si los daba, pero como no podía...

Aquellos jornales los llevaba yo pa casa. Vivían mis padres y yo llevaba aquel jornalín. Cuando hacía falta hacer un pantalón, o un traje, o lo que fuera, lo pagaba yo con mi dinero. Mi padre, nunca le pedí una perra. Mucho no le daría, algo sí le di. Pero mucho no, porque no se podía. Pero llegada la hora de comprar un pantalón o cosa así, yo a él tampoco le pedía nada más que: vamos a que me hagan un pantalón.

Los bailes. La Peregrina

Ellas se llaman por su nombre. Hay de todo: el baile corrido, las boleras, la jota, la duizaina o dunsaina, la entradilla, el corro. El tamboritero es el que manda beber. Hay que ganalo... Al final del baile, se toca a beber: una gotita..., otra gotita..., otra gotita. En casa decimos: que beba, que churre, que murre, que pun.

Mientras que el artillero no diga bomba va.

Mientras que el artillero no diga bomba va.

Mientras que no dispare ninguno de verdá.

Que beba, que churre, que murre, que pun.

Y hasta atrás... Aún había otro baile: la Peregrina. Le ponen todo el nombre que quieran ponerle. Yo era un chaval cuando senti venir unos ciegos cantando La Peregrina, con una copla. Yo compré la copla, que a lo mejor está en casa todavía. Unos ciegos que venían. Y era una copla como esas coplas que hacían de una muerte sin ser cierta, y un día un novio comía a una novia, o cosa así, y esa era igual. Y llegaban y cantaban La Peregrina. Vendían la copla. Yo la tuve y la sé de memoria. Camino de Santiago / con grande halago / mi peregrina la encontré yo. / Y al mirar su belleza / con gran presteza... Se me va, pero la sé bien. Eso de la virgen lo dice Don Luis. Sería quien fuera, pero la Virgen Santísima no era cuando hicieron la copla de la peregrina. No tenía nada que ver. Decía todos los detalles de cómo era la peregrina..., una peregrina que encontraron en el Camino, o no la encontraron, y formaron eso. Y el que encontró la peregrina, y claro, y hablando de amor y todo eso, se comprendieron y todo eso. Y luego se le per-

dió. Y él dio todas sus señas de cómo era la peregrina. Tengo yo esa copla, como la de San Antonio, allí encargado de los pájaros para que no fueran al muerto. Se cantaría antes o no se cantaría, pero yo recuerdo a los ciegos...

La fiesta

Pues yo, lo primero que hacía, la vispera de la fiesta, por la noche, la ronda, que lo llamábamos. Si había mozos, tocaban las castañuelas conmigo. Y si no, sólo. Había que recorrer todo el pueblo, tocando. Y los vecinos salían, y si había caso: tócanos un baile, y había que tocárselo, y bailaban.

Por la mañana, cuando estaban todos durmiendo. Aquilino por las calles, tun tun - tun tun - tun tun - tun tun. En cuanto se conocía el día, ya estaba yo. Coño, cuánto madrugaste, hombre, que nos quitaste el sueño. También a mí me lo quitásteis.

Y después que se echaba la alborada, había pueblos que había juego de bolos y se jugaba un rato a los bolos, hasta la hora de misa. Y había pueblos que hasta jugaban una tortilla, pa desayunar. Y se comía aquella tortilla, tocaban a misa y escapaos a misa.

Primero se iba a buscar al presidente de la junta vecinal. Salía el presidente, y yo tocando delante, y los acompañantes. Y luego había el que hacía la fiesta, que pagaba los gastos, el mayordomo. Había la costumbre de que si no había ningún devoto que lo quisiera hacer, pues un año este vecino, pal año que viene el vecino siguiente, pal otro... y así sucesivamente. El mayordomo me pagaba a mí y pagaba los convites que había. En Combarros, en Castrillo, en Murias, en Santa Catalina, las fiestas del pueblo las tenía ajustadas ya de un año para otro.

Luego, a misa. Antes se tocaba en misa. Recuerdo bien cuando lo quitaron. El cura que va ahora a Santa Catalina desde Castrillo me llamó una vez la atención. Que cuando él estuviera alzando eso, que no, que tocara después. Y digo, ¿sí?, pues a ti te han dado por aquí. Yo toco cuando me da la gana y si no, no toco. No lo dije así, pero me dije: pues tocaré cuando haya que tocar. El decía, cuando pasen las ceremonias, que tocara. Y yo, de que se hacen las ceremonias ya no hace falta tocar. Y así hice el año pasado, no toqué.

A lo largo de la misa, antes, se tocaba mucho: cuando salía el cura de la sacristía, cuando incensaban, cuando se lava los dedos, después del credo, después del incarnatus, con tambor también, y tocaban las castañuelas, y ya no me acuerdo de los nombres, se dejó de tocar y se me olvidó.

Aún hace dos años me mandaron tocar, y toqué, y había un curita que será de mi tiempo, más o menos, y me decía: más bajo, más bajo. Y yo tocaba como había que tocar.

Y después de la misa había veces que había procesión, como la del Corpus y las fiestas sacramentales. Otras veces era antes, en otros santos o en un patrón como San Blas, Santa Agueda, Santo Fulano, San Mangano... En la procesión se tocaba y se toca ahora, igual. En la procesión si dejan tocar. Hace unos años nos dijeron: parar un poquito para cantar nosotros.

Y luego, antes de la comida, antes había esas completas que ya no las hay. Se lleva primero al mayordomo... invita a un vaso, a unas pastas, a lo que sea, y luego al presidente... El tamboritero, los acompañantes tocando las castañuelas, si los hay, y el pueblo, los hombres, todos. Hay quien toma una copa y quien toma dos o tres.

En esa ocasión había quien se aprovechaba... Había quien no necesitaba beber ya más.

Luego, el tamboritero iba a comer a la taberna. Pagaba el presidente. O si el mayordomo quería pagar... Después de comer, por la tarde, ahora no, pero antes, lo primero que se hacía era ir a jugar una partida de bolos. Tocaban a completas las campanas, grmlindrán y en seguida todo dios. ¡hala, a completas! Cantaban allí unos cuantos responsos, se le daba una perra, o cada uno lo que tuviera la voluntad, y sacaba el jornal el señor cura... también cantaba... también se tocaba en completas.

De que se salía de las completas, mientras se preparaba el baile, por ahí, a los bolos, a jugar unas partidas, hasta que llegaba la hora. Luego, todos al baile. Baile maragato puro, y hoy se baila igual. Bien bailao, mal bailao, es el maragato.

Luego ya hubo unos años en que se bailó mucho agarrao. Yo toqué mucho agarrao. Y ya principié el maragato otra vez: el maragato, el maragato, y mientras esté yo, toco el maragato. Después, si quieren agarrao...

Yo en el *agarrao* tocaba muchas cosas. Hay muchas canciones que se adaptan pal *agarrao*. Pues había... Tocaba muchas... Muchas veces en la cama, yo solo, cuando duermo, muchas veces digo, pues éste, cuando tocaba esto en Castriño, cómo bailaban. Y hoy que ya no se acuerda nadie de esto... y yo pues... eso ya se fue. Eso ya se fue. Me acordé esta mañana.

Una canción:

*La hija del penal
me llaman siempre a mí
porque soy hija del carcelero.
Jamás sentí amor
yo nunca conocí
más que las penas del prisionero.
Mas que yo un día, yo vi pasar
¡un preso...*

Bueno, ya se me ha pasado, pero era una canción muy bonita pa un pasodoble. Yo sabía muchas, pero como se han dejado de... con eso de las orquestas, y por eso, yo toco lo mío y na más. Si quieren pasodoble que lleven una orquesta y que lleven lo que quieran. Pero un pasodoble, y una rumba, y un vals, toco yo tan bien, y algo mejor, que esas orquestas. Y el tango, y todo.

Luego, como cambió así. En Castriño, toda la noche allí, y todo agarrao, y todas diferentes. La orquesta empezó hace de veinticinco a treinta años. El baile maragato se quedó. La juventud fue la que empezó: al baile maragato no le daban aprecio. Yo antes, a la terminación del baile, siempre les despachaba con un pasodoble o una cosa así. Pero ahora no, ahora les toco lo que haya que tocar maragato y...

Después del baile, por la noche, a lo mejor firmaban una ferra de una cena u cosa así y bailaban lo que les parecía. Antes de haber orquesta y esas cosas, pues me tenían a lo mejor toda la noche. Ellos por la mañana, cuando iba dando Dios el día, se iban a dormir un rato, y yo, en lugar de acostarme, pues: ya sale el sol, pues a tocar la alborada. Después de que la tocaba, me acostaba un ratillo hasta cerca la hora de misa. Entonces qué cobraba yo, por los dos días quince pesetas. Y ya, eso ya era muy acá. Que antes, con dos pesetas...

La boda maragata

Empieza la víspera. Se va a buscar al novio y a la novia, a juntarlos todos para cenar en compañía. La novia, el novio, padrino y madrina, los padres, todos. Cenán juntos. Bailan un rato, hasta que se cansan. Después se va a llevar la novia pa casa, y a

la madrina. Después, el novio. Después cada uno va como puede y al día siguiente, tempranito.

El tamboritero tiene que ir mandándolo todo. Lo que diga el tamboritero hay que hacerlo. Al día siguiente se desayuna con un chocolate, o aguardiente, lo que le parece. Cuando tocan a misa se juntan los mozos y el tamboritero y van a llevar la familia de la novia en casa de la madrina a juntarse la madrina y la novia. Después hay que ir a buscar al padrino y con el padrino se va a buscar al novio. Y después que están todos juntos se va a buscar la novia a su casa. Y después que se juntan, pues desde allí ya se va pa misa... pa la iglesia... y sale el cura y los casa, que antes era en la calle, y claro, de que se casan, pues ya...

Las ceremonias que hacía era salir, cuando salían de misa, venían con ramos de dulces. Ahora llevan mazapanes, o roscónes, como los quiteran llamar. Y cada chica que va a la boda pues lleva una bandeja con un mazapán de esos, o roscón, o como les llamen, hay quien les llama roscón y hay quien les llama mazapán, pero sale cada chica con el suyo a recibir la novia según sale de la iglesia, de misa, ya casada. Van y le dan cada uno el suyo. Ella se lo va pasando de mano en mano, para todos los invitados, hasta donde llegue para poder llevar todos, porque hay muchas veces que no hay gente bastante para llevar las cosas. Y claro, al salir se va entregando, a ti te entrego un mazapán, al otro, otro, y así, hasta donde llegue. Ellos lo van llevando pa casa.

En casa... hay mozos que antes hacían eso, agarraban dos o tres mazapanes y entre los mozos los comían y echaban unos cuantos tragos. Pero ahora ya eso no. Eso llega y en la casa la boda sacan unas bandejas de dulces e invi-

tan a todos, cada uno como el que quiere, uno, dos o tres, o los que sean, y otra con una bandeja con vino, el que quiera beber. Y luego, desde eso, ya se iba a *correr el bollo* cuando se corría, que ahora ya no se corre, por lo menos en mi pueblo.

Salían al campo, a donde la costumbre de correrlo, se ponía el padrino y el novio aquí, y a la otra punta de la pradera estaban los demás y los mozos que corrían. Había uno de fuera de boda y otro de boda. A la una, a las dos y a las tres, hala, salían, el que ganaba, pues ganaba, y seguían corriendo los de la boda contra los de fuera de la boda. Y los que ganaban se comían el bollo. Pero casi siempre se lo comían juntos...

Y después de que corrían el bollo, bailaban hasta que se cansaban, hasta que estaba la comida. Pero antes de eso, de que corrían el bollo, a los hombres los casados les daban la mitad del bollo. La cabeza para el que la ganaba a correr. Y después, el bollo lo rebajaban a la mitad para los de fuera de boda. Y los de fuera de boda, pues claro, la partían a trocitos y la repartían hasta donde llegara, cada uno un trocito. Era la manera de que tocara a todos.

Era un bollo hecho con harina y azúcar, y le echaban una cajita de azafrán, lo ponían teñido de aquel color amarillo. Y a los hombres que eran de boda les daban medio bollo, dos cántaros de vino, y se iban pa la casa del pueblo, la casa del concejo, y lo comían allí entre todos. Y los hombres que no eran de boda llevaban cada uno de su casa un chorizo, o un trocito de jamón o cecina, cada uno lo que podía. Y la casa la boda les daba dos hogazas de aquellas grandes, de las de antes, de ocho. Se hartaban de pan y vino, y luego, de que terminaban, se iba

al baile y allí bailaba lo mismo el mayor que el más pequeño.

La boda era para todo el pueblo, allí para todos había boda. Todo el que estuviera en el pueblo, si quería participar, participaba. Y las mujeres pues tenían sus costumbres también. Sacaban una cesta con panecillos de una libra, decían antes, panecillos de medio kilo ahora, y aún siguen dándoles en Castrillo... En la casa de la novia antes ponían dos sillas, una pa la novia y otra para la madrina, que dicen: sentaivos madrina en silla florida; sentaivos casada en silla entramada. Después, allí era cuando le echaban el trigo y repartían los panecillos a las mujeres, y medio cuartillo de vino.

Ahí tenía mucho, mucho que ver la boda esa. Tenía costumbres para todo: para las casadas que no eran de boda, para los hombres que no eran de boda... Era costumbre que era ley. La novia que no daba la bolla a todas las casadas quedaba fuera de las bodas. Eso se ha seguido haciendo con normalidad hasta los años sesenta. Y todavía en Castrillo, el año pasado, toqué yo una boda con todas las ceremonias.

Así es la vida

Si tocara yo en Castrillo el día la fiesta, el diez de junio, y tengo valor pa tocar, si valgo pa tocar... A mí me sientan en una silla y no me canso de tocar. Ahora, la cuestión es andar de aquí pa allá, de allí pa acá. El año pasado aún toqué como siempre, sin sentarme ni nada. Pero ahora llevo como dos meses o así que me empezó a doler la cabeza y los oídos y por ahí... Y cojo una sordera...

Madrid no me sienta bien. He vivido siempre allí. Aquí en Madrid ando con miedo...; salgo allí

a la terraza, o al balcón, o a la... que le llamen, y me pongo a mirar y me digo: y yo antes que subía a árboles tan altos como eso a podar y no me pasaba nada...

Castrillo, la capital de la arriería. Empedrearlo, dijo un alcalde. un Botas. Allí en Castrillo hemos celebrado cada una... Una vez, estuvimos en Combarros el día San Roque, se comió allí y bailaron hasta yo que sé qué hora. Ya cuando nos pareció, salimos pa Castrillo andando, tan frescos. Éramos diez o doce. Habíamos comido bien en Combarros y lo que sobró, me parece que recogieron algo de ello. Y allí en las peñas del prao San Juan, subimos pa encima de las peñas y se comió lo que quedaba y a la terminación tiraron los platos por allí delante. Menuda broma... En Combarros toqué yo cincuenta años seguidos. Y en Castrillo, este año, si hay salud... Si hay salud tiene que ser una fiesta buena.

Pues así es la vida. Yo ahora veo que la vida es un engaño. Y el que no la aproveche pierde eso y na más. Que yo, lo que siento, lo que me quedó sin hacer. Pues muchas veces por respetar no sé qué... Y hoy me recuerdo y digo: me cago en diez, qué cobarde, qué tal, qué cual... Crees esto y es lo otro, y crees aquello y es lo otro, y a lo último vienes a caer en manos del verdugo. Es un engaño y na más. Se vive con la ilusión. Na más vivimos de ilusión.

No me acuerdo cómo decían una vez, uno que estaba enfermo y fue al cura a confesarlo y el médico a recetarle, y el enfermo decía, el paciente, dice:

*En mi angustioso dolor, ya no hay
¡quien me saque a flote.
Ni la ciencia del doctor, ni la fe
¡del sacerdote.*

Y dice el médico: El cuerpo del

hombre es tierra. Y dice el cura: ¿Y el alma? Vuelve el otro y dice: El alma es una ilusión. Y vuelve el otro y dice: Mientes con to-

dos los modales. ¿En qué se distinguen los hombres de los demás animales? Quería decir que el alma también tenía derecho a algo...

(Este testimonio de don Aquilino Pastor Alonso, el señor Aquilino, fue grabado el día 3 de marzo de 1982 en la Casa de León de Madrid, en presencia de su hijo Abelardo.)

